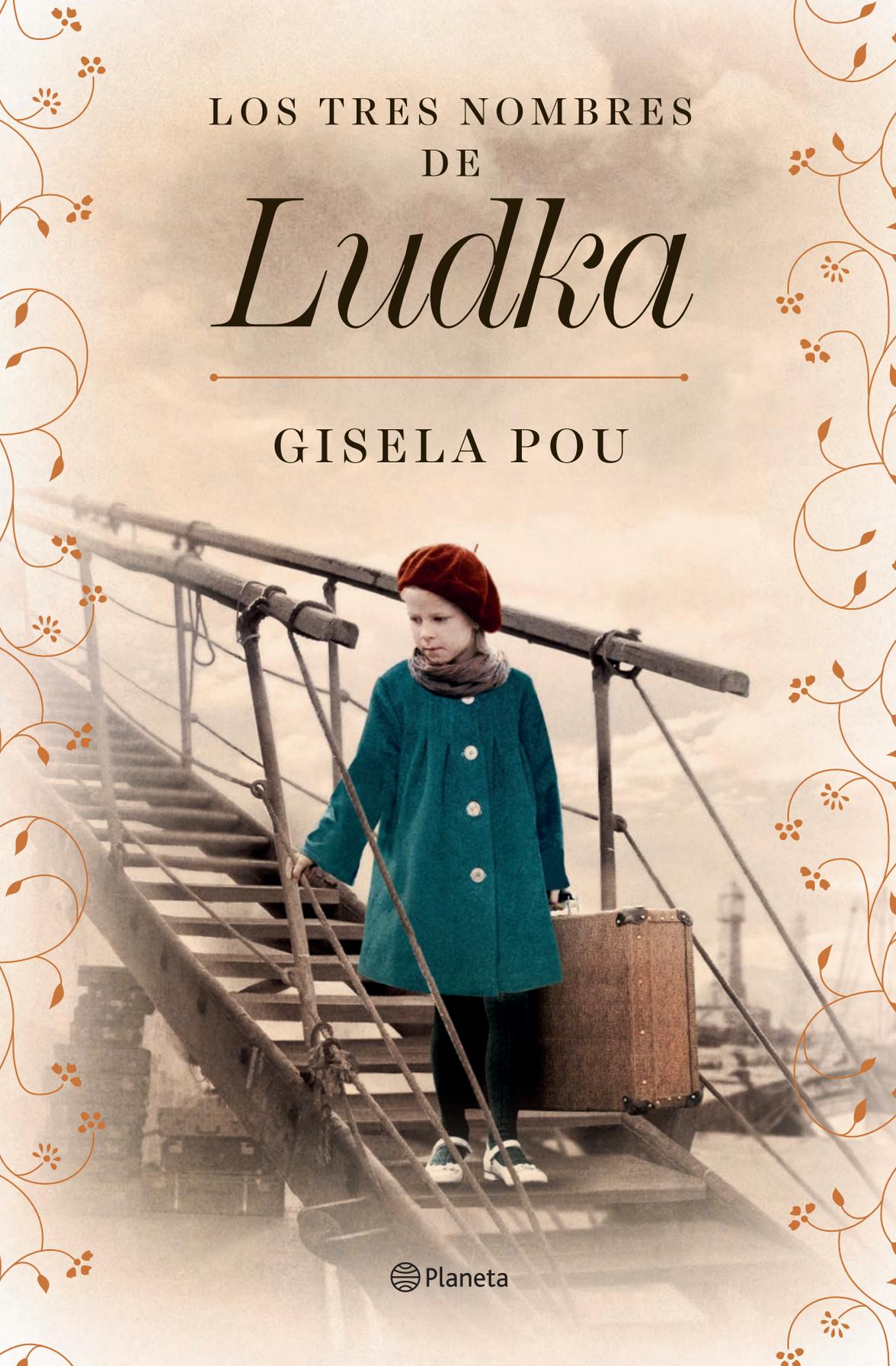


LOS TRES NOMBRES
DE

Ludka

GISELA POU



Gisela Pou



Los tres nombres de Ludka

TRADUCCIÓN DE ANNA CARRERAS AUBETS

 Planeta

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Gisela Pou, 2021

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© de la traducción del catalán, Anna Carreras Aubets, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Diseño de las guardas: © Pérez de Rozas /AFB

Primera edición: enero de 2023

Depósito legal: B. 22.034-2022

ISBN: 978-84-08-26683-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Emma	13
Ludka	53
Emma	99
Isabel.	147
Emma	203
Ludka	273
Isabel.	309
Ludka	375
Ludka y Emma	439
Nota de la autora	487

EMMA

Recordar a Ludka es volver a ser una niña. Sus ojos claros, llenos de preguntas, me increpan. Ha llegado hace poco y aún tiene pesadillas. Sale al jardín de madrugada; corre de un lado a otro, como si alguien la persiguiera. En su interior, el miedo se desboca. Corre sin dirección y se esconde entre los matorrales cercanos al muro que separa el jardín de la calle. Acurrucada, como un animal amedrentado. Inmóvil, porque no quiere que la encuentren. Tiembla, porque el mundo es un lugar inhóspito. Se sabe vulnerable porque todavía no le ha crecido la coraza que la va a proteger de la vida. Desde lejos, desde hace sesenta y dos años, ella me observa con el semblante triste de una criatura que lo ha perdido todo.

En una de las estanterías de mi estudio hay una fotografía en blanco y negro gastada por el paso del tiempo. Tiene los márgenes roídos y una mancha oscura en el centro.

Una palmera. Una carretilla de madera. Dos niñas.

Las niñas no miran a la cámara, ni sonríen, ni siquiera saben que alguien las observa. Se pelean como dos fierecillas. Se tiran del pelo, se muerden, se arañan, se golpean. Caen al suelo. Gritan. La sangre se mezcla con el barro de una noche de lluvia. La palmera se dobla ligeramente para decirlas que paren. No la escuchan. Luchan por una carretilla de madera. Luchan y los celos desatan la lengua, las palabras se escapan, se clavan y lastiman.

Una profesora sale al patio. Przestań! Przestań!,¹ grita alarmada mientras corre hacia ellas. No la escuchan.

Dos niñas.

Ella, Ludka.

Yo, Emma.

1. En polaco, «¡Basta ya!».

BARCELONA, ABRIL DE 1946

Tener nueve años significaba ser mayor para muchas cosas; tanto si me apetecía como si no, tanto si quería como si no, tanto si ponía cara larga como si la sonrisa me llegaba de oreja a oreja, tenía que ayudar a hacer las cuarenta camas de los niños que venían del centro de Europa.

—¡Quiero ir al taller del abuelo! —repliqué con ganas de ir a mi aire.

—¡Tú te vienes conmigo! —Mamá tenía voz de trueno y la mirada oscura. Rebuscaba en el costurero. La contrariedad de haber discutido con mi abuela le había encogido los pulmones, las aletas nasales se le habían hinchado y la rabia se le escapaba por las yemas de los dedos.

—Pero el abuelo me espera —insistí.

—¡La señora Wanda necesita manos, y tú ya eres mayor, Emma!

En la caja de los hilos había hilo blanco e hilo negro, los cogió ambos bruscamente y los puso en una bolsa de ropa.

La primera vez que oí hablar de los niños huérfanos, mamá sobrehilaba el dobladillo de un vestido de color piedra de la señora Wanda y yo, a su lado, enhebraba agujas. Vendrán un montón de niños que no tienen padre ni madre a pasar unos meses a Barcelona. ¡Pobrecitos!, añadió, y cogió la aguja que yo sostenía entre el pulgar y el

índice como una espada en miniatura. Entonces no podía imaginar que la llegada de aquellos niños primero me robaría a mi madre y después me cambiaría la vida.

Mamá contribuía a la parca economía familiar cosiendo por las casas. Cada tarde, una casa diferente. Cada tarde, una nueva familia. Cada tarde, durante tres o cuatro horas, zurcía calcetines, estrechaba faldas, cambiaba cuellos de camisas, remendaba sábanas, soltaba dobladillos de las batas de los chiquillos. Cada tarde, sentada en un rincón de la cocina o en el cuarto de la plancha, era testigo de peleas y secretos. Algunas de las señoras la trataban con distancia y frialdad; otras le exigían más de lo que le pagaban; luego estaban las que desprendían una profunda fetidez de soledad y le explicaban intimidades que ella cosía en las costuras de los vestidos. Por encima de todas ellas, como un águila volando con las alas abiertas, estaba la señora Wanda.



Wanda Morbitzer Tozer se enfrentaba a la vida convencida de que querer algo era el primer paso para conseguirlo. Desde hacía meses, traer a esos niños a Barcelona se había convertido en una prioridad. Canciller del Consulado de Polonia en Barcelona y delegada de la Cruz Roja Internacional, era la mano derecha del cónsul Rodon y de su esposa, Anna Maria Klemensiewicz; ambas trabajaban para que los huérfanos polacos que vivían en un campo de refugiados en Salzburgo viajasen a Barcelona. Desde Auxilio Social, una organización benéfica adscrita al régimen, se había habilitado una residencia infantil en un inmueble de la calle Anglí, una casa que en tiempos de guerra había sido una checa, un centro de detención que ahora sería el hogar de unas criaturas que empezaban la vida con las manos vacías y un pasado borrado.

Estarán pocos meses, como unas vacaciones, había dicho mi madre.

Si hubiera sido valiente, me habría plantado delante de ella y le habría gritado que, por muy huérfanos que fueran, por muchas desgracias que hubieran pasado, aquellos niños tenían manos y se podían hacer las camas ellos mismos; que yo tenía otras cosas que hacer. Antes que ella tuviera tiempo a responderme, yo habría huido corriendo a la carpintería para estar con mi abuelo y jugar con una carretilla de madera que no tenía dueño. Pero yo no era valiente. Con una mala cara de tres pares de narices, caminaba detrás de ella con la mirada clavada en las puntas de los zapatos, jurando que jamás volvería a dirigirle la palabra.

El trayecto desde casa hasta la calle Anglí duraba más de tres cuartos de hora. Lo más sensato habría sido coger el tranvía, pero mamá dijo que andar era bueno para alejar quebraderos de cabeza y fortalecer las piernas; una manera como otra cualquiera de decir que en casa no había dinero y que coger el tranvía era un lujo que no nos podíamos permitir. De vez en cuando, se giraba para preguntarme si estaba cansada; yo, obstinada como todos los Andreu, enfurruñada por no haberme salido con la mía, apretaba los labios y no respondía.

Los pies se quejaban; pero lo que de veras me molestaba era la lengua, que se me había hinchado de tanto masticar preguntas que me negaba a expresar en voz alta. ¿Qué sabía mamá de aquellos niños? ¿Por qué venían a la ciudad? Y ¿por qué diablos yo, un martes por la tarde, tenía que hacerles la cama?

Atravesamos el paseo de la Bonanova y subimos la calle Anglí hasta el número 49. La casa tenía un pequeño patio en el espacio comprendido entre la acera y la fachada del edificio. El jardín quedaba cerrado por una pared de obra

vista de poco más de un metro de altura con una verja de hierro forjado que se alargaba hasta la puerta situada justo en el centro. La hiedra se enroscaba por la verja y se asomaba a la calle, un tejido natural que escondía la pintura gastada por el paso de los años y la herrumbre que campaba a su aire.

Mamá se detuvo, soltó un suspiro que escondía el alivio de haber llegado y empujó la puerta, que respondió con un gemido metálico. Subimos dos escalones y avanzamos por un caminito adoquinado que conducía hasta la entrada. La hierba recién cortada olía a verano. Arrinconado contra la pared, un laurel tendía sus ramas hasta alcanzar la parte baja del balcón; al otro lado, un rosal cargado de rosas rojas con chispas naranjas daba la bienvenida a los visitantes. La puerta, de madera, estaba cerrada. Mamá llamó, pero nadie respondió. Insistió, pero nadie abrió.

—¡La señora Wanda me dijo que iban a estar aquí todo el día! —Sus palabras estaban teñidas de una mezcla de duda y perplejidad.

—¡Pues aquí no hay nadie! —exclamé, y rompí mi promesa de no abrir la boca durante semanas.

Mamá se fue a preguntar a los vecinos y yo, con ganas de regresar a casa, crucé la acera y bajé por la calle hasta llegar al paseo de la Bonanova. De la esquina del inmueble situado en el número 46, un edificio de dos plantas rodeado de jardín y con las ventanas abiertas de par en par, salían cantos con voz de mujer; diferentes tonadillas se mezclaban en un guirigay difícil de comprender.

Cambiar un seis por un nueve había provocado un error en la dirección.

Mamá tomó carrerilla y me alcanzó. Oyó la cantinela y esbozó una sonrisa de alivio. Ahora sí, habíamos llegado.

Un pequeño ejército de mujeres había limpiado el pol-

vo, barrido y fregado. Cubos de agua para arriba y para abajo. Con todas las ventanas abiertas, aquella casa, que años atrás había escuchado los gritos de dolor de los detenidos, se preparaba para recibir a un montón de críos. Canciones con olor a lejía y aire limpio. Unas limpiaban las camas que habían traído por la mañana, otras se apresuraban a dejar en condiciones los cristales de las ventanas, que frotaban con papel de periódico y secaban con trapos de algodón gastados de tanto uso. Un par de mujeres colgaban cortinas con la intención de convertir aquel lugar de techos altos y pasado tétrico en un hogar acogedor para unas criaturas a quienes les habían estafado la infancia.

La señora Wanda nos vino a recibir con una expresión llena de agradecimiento; llevaba un pañuelo de flores atado en la cabeza y una bata azul que casi le llegaba a los tobillos. Aunque a primera vista podía parecer una mujer de la limpieza, en sus movimientos pausados, su cuello largo y expresión segura se adivinaba una mujer elegante. Una mujer que sabía lo que quería y que no paraba hasta conseguirlo.

—Gracias por venir, Isabel. Y tú también, Emma. —Me acarició el pelo con la suavidad con la que lo hacía todo—. Afortunadamente, tenemos sábanas nuevas. Las fundas son muy grandes, así que tendremos que poner cintas para que no se escapen las almohadas.

Mamá y yo la seguimos hasta una habitación donde nos esperaba una montaña de sábanas blancas.



Alfileres y agujas de coser, hilo blanco e hilo negro, dedales, tijeras y también unos cuantos metros de cinta. Mi trabajo consistía en cortar trozos del mismo tamaño y batí mi propio récord enhebrando sesenta y tres agujas en poco más de una hora. Luego puse las fundas a las almo-

hadas y, una vez terminada la tarea, ayudé a hacer las camas.

Un regimiento de mujeres llenaba el aire de preguntas que volaban a ras de techo y aterrizaban a mis pies. Poco a poco, la rabia contra aquellos niños que me habían desbaratado la tarde se fue transformando en una chispa de compasión que crecía a medida que hablaban de ellos. ¡Pobres criaturas! ¿Y no las reclama ningún familiar?, preguntó una. ¡Claro que no!, ¿tú te crees que si tuvieran a alguien estarían en un orfanato?, contestó otra. Y tú, bonita, me dijo una con ojos de lechuza, ¿te imaginas que no tuvieras ni madre ni padre, ni abuelos ni tíos? Menuda tristeza, ¿verdad? Yo callé que no tenía padre, que nunca lo había tenido, que lo habían matado al terminar la guerra y que no lo echaba de menos porque no se echa de menos lo que nunca se ha tenido. Pero aquellas mujeres seguían hablando. ¡Tan pequeños y lo que han sufrido!, dijo una señora bajita de cara redonda con los párpados pintados de un azul estridente. Nadie podrá negar que nuestro Caudillo es un hombre con un corazón inmenso; ¡acoger a estos pobres niños es un gran acto de generosidad!, exclamó otra que llevaba un vestido horrible. La señora Wanda observó de reojo a aquella mujer y, aunque no replicó, se le crispó la mirada y le aparecieron unas arrugas entre ceja y ceja.

Terminamos todo el trabajo cuando empezaba a oscurecer. La señora Wanda nos pagó el billete del tranvía, que iba lleno a rebosar. Acompañada por el suave vaivén del traqueteo, no podía sacarme de la cabeza a aquellos niños que al día siguiente dormirían en las camas que les había hecho yo. La llegada de aquellas criaturas se había visto retrasada por la tensión existente entre las autoridades franquistas y el Gobierno de París. La mala relación entre ambos países había provocado el cierre de la frontera a mediados de febrero y había obligado a buscar una ruta alternativa. Los niños

viajarían en tren de Salzburgo a Génova, desde donde llegarían a Barcelona, alrededor del mediodía, a bordo de un barco que hacía el servicio regular entre ambas ciudades.

Cuando abrimos la puerta de casa, nos recibió el olor a sopa de verduras. Mi abuelo, como siempre, estaba sentado en su sillón leyendo un ejemplar de *La Vanguardia Española* que le había regalado el dueño del bar. Mi abuela se peleaba con la radio, y no conseguía sintonizar la emisora. La mesa estaba puesta y en el centro había un jarrón con tres rosas. Las había traído mi abuelo: una para mi abuela, otra para mi madre y otra más pequeña para mí.

Mientras mi madre y mi abuela iban a la cocina para terminar la cena, mi abuelo se levantó del sillón, se puso el dedo índice sobre los labios y me ordenó que lo siguiera. Una vez en la entrada, levantó la caja de herramientas que había sobre el taburete. De debajo del cojín sacó un paquete envuelto con papel de estraza y con un lazo hecho con cordel. Por la forma y el volumen, era evidente que se trataba de un libro.

—Llévatelo a tu habitación y escóndelo donde nadie pueda encontrarlo; y ese nadie incluye a mamá y a la abuela —dijo en voz baja—. Hay libros que no se pueden tener, Emma. Si te lo regalo es porque ahora ya eres mayor y sabes guardar secretos.

Una hora más tarde, sola en mi habitación, lo desenvolví.

En la portada del libro había un niño vestido con barretina y un mono de pantalones anchos. Llevaba un banderín en la mano y caminaba levantando el brazo. El libro se titulaba *El més petit de tots*.²

Era el primer secreto que compartíamos mi abuelo y yo. Los otros secretos, los que escondía mi abuelo, los descubrí meses más tarde.

2. En español, traducido como *El pequeñín*.